

RODRIGUEZ PINTOS, CARLOS. (1895-1986). Poeta. Nació y murió en Montevideo. Culmina sus estudios de Bachiller en su ciudad natal y luego asiste durante dos años a cursos en La Plata (Buenos Aires). En 1927 parte para París, donde estudia arte en La Sorbona y la Escuela del Museo del Louvre. Cuando vuelve a Montevideo en 1937, se dedica al ejercicio de la docencia como profesor de Historia del Arte. Miembro de número de la Academia Nacional de Letras del Uruguay, fue presidente de la misma por dos períodos. Sus obras: **Distancias y un poema en el océano** (1937) y **Canto de amor** (1946), fueron premiadas por el Ministerio de Instrucción Pública. Han sido numerosas sus colaboraciones en diarios y revistas de ambas márgenes del Plata: **Los Nuevos**, la **Revista Nacional** y **Entregas de la Licorne** de Montevideo, **Nueva Era** de Buenos Aires, y los diarios **La Nación** (Buenos Aires) y **El País** (Montevideo). En el prólogo a la obra *Campos Secreto* (1961), A. Zum Felde afirma que es “uno de los uruguayos de la moderna generación que más lejos han llegado en el camino arduo de la depuración estética, logrando una expresión sobria, tensa y ceñida, que lo destaca como uno de sus cultores de jerarquía”. Desde una perspectiva más amplia, posibilitada por una mayor distancia crítica, se ha considerado que su creación “puede inscribirse en el ámbito de la poesía que surge en los años treinta. Sus características coinciden con lo que, en rasgos generales, presenta panorámicamente el quehacer lírico de esos años: honda preocupación formal, aristocratismo espiritual, densa cultura absorbida fundamentalmente en las fuentes poéticas francesas y españolas”. (**100 autores del Uruguay**, 1969).

DOCUMENTOS Y TESTIMONIOS OLVIDADOS O INEDITOS

Durante la década decisiva para su formación y su experiencia, Carlos Rodríguez Pintos (Montevideo, 1895-1986) residió en París, entre 1927 y 1937. Fueron años de producción intensa, acompañada a los ritmos nerviosos y fermentales de una ciudad que se erigía como capital de la cultura de occidente, que mostraba orgullosa su cosmopolitismo, que recibía –con los brazos abiertos– aportes de todas partes, sobre todo de la periferia, y los mezclaba en busca del insólito producto final. Los *ismos* estaban en el orden del día y abarcaban todas las manifestaciones

artísticas. La ebullición en las calles, la discusión en los cafés literarios, los altillos que albergaban pintores en Montparnasse o en Montmartre, el escándalo vertiginoso de la vida bohemia, el desconcierto adolescente en las altas casas de estudio: todo este cuadro de extravagancias y placeres, de certezas que derivaban en dudas, de contradicciones flagrantes, de virtualidades engañosas, era el prólogo, que algunos proclamaban, del fin de un tiempo de bonanza y seguridad. En Carlos Rodríguez Pintos, en particular, ilusiones ajenas estuvieron por fin al alcance de la mano, consolidaron una sensibilidad propicia y abierta, dieron satisfacción a una curiosidad apasionada. También sumergieron su vocación poética en la modernidad puesta al día e instalada en el centro intelectual del mundo, generador de la misma modernidad. Los estudios en la Sorbona y en la Escuela del Museo del Louvre donde obtendría el Diploma Superior de Arte y el de “Ancien Elève”, absorbieron los tiempos del poeta pero no lo suficiente como para impedirle seguir trabajando con su obra e integrarse a la vida cultural parisina.

Además de la relación muy cercana con Julio Supervielle, del vínculo que lo aproximó a Paul Valéry, de la simpatía manifestada por Max Jacob (a cuya muerte dedicó, años después, un original poema), trabó amistad también con Miguel de Unamuno y Eugenio D’Ors y la novísima generación de poetas españoles: Jorge Guillén, Rafael Alberti, Pedro Salinas, Manuel Altolaguirre. Con este último compartió una pequeña prensa que aprendió a manejar y en la que imprimió deliciosas ediciones artesanales de poesía, a veces poemas sueltos o en conjunto con otros autores. Así aparecieron **Día pleno**, **Canción de la distancia**, **Dos oraciones a la Virgen** (con Rafael Alberti), **Dos poemas** (con Manuel Altolaguirre), todos en 1931, y **Canciones del niño de Cristal** (1932-1933), **Les noms** (1934), **Columbarium** (1936), **Suicidio** (1937).

Antes del comienzo de la guerra mundial, el poeta uruguayo estuvo de regreso en su país de origen, donde también habría de recalar Alberti, exiliado como consecuencia de la guerra civil española. Volvieron a encontrarse: en Montevideo y en Punta del Este. En esta última localidad tuvieron ambos residencias cercanas, a propósito de las cuales una publicación de época, recogió el siguiente comentario: “Se llaman *La Gallarda* y *Champ-Secret*. Sus nombres ya establecen distingo, revelan caracteres. El primero recuerda la abierta, verde Andalucía de los cortijos ganaderos. Se tiende blanca y luminosa, entre pinos que dan al mar, la casa donde Rafael Alberti ha venido a buscar la quietud que los poetas españoles gozaban –en un tiempo que parece ya remoto– en las cosas de su patria entonces libre. Rafael mediterráneo, la noble frente donde anida la tradición poética –humanística y sabia a la vez que popu-

lar— de los Lope, los Garcilaso, los Quevedo. Aquí sueña Rafael sus poemas que ahora maridan la poesía a la pintura, sus dos grandes amores [...] Si *La Gallarda* está abierta a todos los soles y todos los vientos, *Champ-Secret* se recoge íntimamente a la sombra de los pinos. Ascética, silenciosa, iluminada por medidas luces, envuelta en discreción de sombras finas y transparentes, la casa de Carlos Rodríguez Pintos custodia una intimidad hecha de fervor, disciplina y gracia. Y estos valores tan presentes en todo lo que constituye la casa del poeta compatriota, reflejan exactamente los de su poesía acendrada y tensa que ha alcanzado desde hace mucho [...] una riqueza poco frecuente en nuestro tiempo.” [Este. Montevideo, N°0, marzo de 1947].

El testimonio de Carlos Rodríguez Pintos sobre su primer encuentro con Rafael Alberti, escrito mucho tiempo después de la década en Europa, fue conservado por la señora Simone du Hautbourg de Rodríguez Pintos, y permaneció inédito hasta ahora.

Wilfredo Penco

MI ENCUENTRO CON RAFAEL ALBERTI

Carlos Rodríguez Pintos

Mi primer encuentro con Rafael Alberti fue en París, allá por el año 1930. La casa de Mathilde Pomés, la noble amiga apasionada por todas las cosas de España y de lengua hispánica, la traductora fiel y devota de Valéry, era el refugio espiritual de todos los que andábamos, cazadores de ilusiones, dando tumbos sentimentales entre las piedras historiadas de las orillas del Sena, el río más rico de la tierra, el río más cargado de miradas, de lágrimas, de suspiros, de confidencias dramáticas, el río en cuyas orillas todos los hombres del mundo se han sentido siempre más profunda... y más tontamente humanos.

En la casa de Matilde Pomés, allá arriba en el 4° piso del N° 20 de la calle de Grenelle, en un viejo hotel de un estilo siglo 18, más o menos auténtico, nos refugiábamos, a horas inesperadas e inverosímiles, algunos escritores, poetas sobre todo. (Mathilde confesaba su predilección por las palabras que se ponen juntitas, unas encima de las otras, bien medidas, como en escalones, lo que podríamos llamar palabras juiciosas y bien educadas). Por allí pasaban también a menudo muchos de los otros, de los que ponían las palabras unas al lado de las otras, sin límite

ni medida fija, a veces cargadas de música, a veces cargadas de dinamita y otras veces de dulce y tierna memoria sentimental.

Las paredes del inoivable refugio, cubiertas de retratos, con dedicatorias, de un delicioso mal gusto, pero que la auténtica retnura inteligente de Mathilde hacían respetables, jugaban las huellas espirituales de los visitantes, de modo que allí se abrazaban y se confundían del mal humor genial de Pío Baroja con los fuegos fatuos de Jean Cocteau, la serenidad imperturbable de Valéry con los desplantes dramáticos y vasquísimos de Unamuno y el chisporroteo y fuego de llamas de García Lorca.

Todos esos ecos bailaban juntos, creando un ambiente cargadísimo que provocaba en nosotros, visitantes asiduos, una reacción optimista, haciendo que nos sintiéramos de inmediato, dueños de una vitalidad sin límites, de un extraordinario poder creador y hasta casi “inteligentes”. Mathilde, la inolvidable, manejaba todo aquel material y con él se construía una atmósfera, que le era indispensable como el oxígeno.

Una tarde de invierno, de invierno en París con nieve, subía yo las escaleras y bajaba por ellas un hombre aún joven, con frente ancha y porfiada, cabellos en cepillo, ojos duros, llenos de vanidad y de talento, andar afirmativo y confiado hasta la insolencia y una inconfesada, inconfesable y orgullosísima sensación de derrota. (Luego, su muerte voluntaria habría de subrayar todas estas impresiones). Sin meditar mucho, supe que pasaba a mi lado Henry de Montherlant, en aquellos momentos, quizás, el más admirado, el más discutido y también el más odiado escritor de Francia, sobre todo entre el sexo femenino.

Me detuve unos minutos sin llamar, junto a la puerta de Mathilde Pomés, pensando en Montherlant y en su “Fête à l’Ecart”, que acababa de leer, y ese instante de meditación casi me fue fatal, pues la puerta de Mathilde se abrió violentamente, una mano me arrastró al interior y una voz muy timbrada y enérgica me gritó junto al oído: —“Oye tú chico, tú eres Carlos, tienes que ser Carlos, pero aunque no lo fueras, haz como si fueras Carlos y ponte de rodillas enseguida, cierra los ojos y empiezas a cantar cualquier cosa, pero que sea triste. No olvides que eres ciego y estás arrodillado bajo un arbolillo y a tu lado hay un banco de jardín.”

Yo, que creía todavía ser aquel “Carlos”, aunque empezaba a no estar muy seguro de ello, me arrodillé de inmediato junto a Françoise Supervielle, que se hallaba de pie, deliciosa de juventud y de belleza, y que supuse era el arbolillo; a mi lado estaba sentado Ernesto Halfter, el discípulo favorito de Falla, y que tan bella música compondría luego para mis “Canciones del Niño de cristal”. Al verlo, serio e inmóvil, supe de inmediato que era él el “banco de jardín” y quedándome de rodillas, empecé a cantar enseguida y, por supuesto, me permitieron levantar y

dejar de ser ciego. Habían obtenido de mí, lo que quizás no obtuvieron de Montherlant.

El dueño de la voz bien timbrada se me acercó enseguida con los brazos abiertos gritándome: “—Oye, chico, y qué bien lo has hecho! Cantas muy mal, por supuesto, pero de todos modos estuviste muy bien, muy requetebien! Y cómo cerrabas los ojos!” (Yo pensé que por lo menos había sabido hacer algo) Halfer me confesó más tarde que, al ver mi traje flamante, se había puesto nervioso de miedo de que yo me acercara demasiado (él era un Banco de Jardín recién pintado) y Françoise Supervielle me dijo estar llena de temor de olvidar algo de su personaje (ella representaba un arbolillo y su trabajo consistía en levantar una mano con algunas hojas verdes durante más o menos media hora...).

Así conocí a Rafael Alberti y así entré de lleno en aquella encantadora y absurda atmósfera poética, que él provocaba y sostenía, con su extraordinario temperamento artístico de andaluz y de ser excepcionalmente dotado para la creación de mundos imaginarios y para conferirles una profunda y espléndida realidad.

Así, poco tiempo después de este primer ensayo, funambulesco y surrealista, representamos juntos la “Santa Casilda” de Alberti, en el Instituto Hispánico de la Sorbona; colaboró con nosotros, con su bello talento y su gracia madrileña, María Teresa León, y Rafael tomó el rol principal, —Inolvidable “Santa Casilda”, perdida para siempre entre los muchos poemas de Alberti, quedados en España! Inolvidable España de entonces, aún limpia de sangre y de horror. Inolvidable París nuestro, virgen aún de su futuro atroz.

Luego vinieron la Amistad, así, con mayúscula, y los amigos juntos. Manolo Altolaguirre y Mariano Brull y Guillén y Rodríguez Lozano y Valéry y Eugenio D’Ors y nuestro querido y admirado Jules Supervielle y Max Jacob... y más y más y más... y los poemas juntos y las ediciones juntas y los dibujos juntos... y aquellas llamadas telefónicas: “—¿Qué hay Rafael? ¿Qué hay Carlos? ¿Qué hay Manolo? ¡Tenemos que vernos enseguida! ¡Acabo de hacer el poema más hermoso del mundo!”. Ay mis amigos poetas de nuestro Uruguay, ¿cuándo nos atreveremos a saludarnos de este modo, aunque sea por teléfono? ¡Ay, este pobre y ridículo “miedo al ridículo” que nos devora, y que nos está matando!

Rafael, Rafael, ¡escúchame si puedes, dondequiera que estés ahora, escucha esta evocación de nuestra juventud bien amada y llórala conmigo, desde nuestro hoy tan triste, tan pobre de nuestra divina locura!

Corrieron los años y se ensució España, corrieron más los años y se ensució la tierra entera... y se perdió aquel grupito de hombres que se reunían en París para cantar, cantar, cantar y para gritar al mundo que la

más alta felicidad del hombre es su poder del Canto. Tú lo sabes bien Rafael y tú bien lo sabes Toño Salazar (¡Ay Toño, amigo Toño / en este triste otoño / qué perdidos nos veo! // ¡Tú, en tu Cojutepéque. / Yo en mi Montevideo!).

Y vuelvo a tí, Rafael, ¡que tanto hemos hablado de ello! Y quiero repetirte aquí que sigo creyendo profundamente (y cada día que pasa, con todo lo que trae, me afirma más en esta creencia) que este pobre mundo nuestro, herido ya casi de muerte, si alguien nos lo puede salvar todavía y si vale la pena que se le salve, esa salvación no habrá de venirnos, y repito, si es necesario y deseable que venga, nos vendrá por aquel puñado de seres sobre la tierra que aún creen en la virtud, yo diría en la santidad del Canto, por los Poetas, por los Músicos, por todos los inocentes, por los desprovistos de toda malicia, por los eternamente niños, por los que dicen como nosotros, que cantar es lavarse el alma, y que buena falta nos está haciendo a todos ese baño cotidiano. (¡Juan Ramón, Gabriela... mis queridos ausentes, pero tan adentrados en mi corazón!)

Rafael, un día me escribiste que venías a nuestra América en busca de paz. No sé si ella te la ha brindado. Yo te dí la bienvenida y la entregué al espacio, para que todos supieran que nos llegaba el gran Poeta. Luego, construimos nuestras casas juntas, en medio de nuestros bosques, al borde de nuestro Océano, tu “Gallarda”, mi “Camposecreto”. Durante largos veranos miramos crecer y jugar a nuestros hijos, tu “Aitana”, mi “Don Carlos”. Nuestras mujeres se hicieron amigas y aprendieron juntas a aguantarnos.

Hoy, la vida ha vuelto a separarnos. Nuestros bosques ya no nos escuchan hablar de Poesía y leernos nuestras últimas canciones. En las Navidades, ya no cortamos nuestros pinos, ni resuenan nuestros villancicos para los niños. La “Gallarda” está vacía y “Camposecreto” está triste. Tú, en las orillas de un noble río de Europa, que ya ganó tu amor, alzas tus nuevos cantos otoñales y melancólicos. Yo, levanto mis últimos juegos poéticos: aquí en memorias. Mi voz está ronca, Rafael y mi poesía también, pero ambas se acercan hoy a tí ofrecerte nuevamente esta pequeña **Canción ronca en verde y azul para Rafael Alberti:** Verde oropel, / verde Laurel / y lirio azul / de su pincel. / (Verde y azul / es Rafael) / Llorad, llorad / España y él! // Lejano azul / del Bulevar / y verde orilla / de la mar / (Lento morir. / Largo llorar.) // Azul mantel. / Azul perfil. / Pino doncel. / Perdido añil / ... y verde fiel / de cascabel. / (Verde y azul / es Rafael) / Llorad, llorad / España y él!.